

The background of the cover is a photograph of a person's back, seen from behind, wearing a large, dark-colored backpack. The person is standing against a wall covered in green moss. A wooden staff or walking stick is visible on the left side of the frame. The title 'Paulo Coelho' is written in large, white, rounded letters at the top, and the subtitle 'El Peregrino de Compostela' is in yellow, rounded letters below it. The text '(Diario de un mago)' is in smaller yellow letters at the bottom.

Paulo Coelho

El Peregrino de Compostela

(Diario de un mago)

En este apasionante relato, Paulo Coelho narra las peripecias de su peregrinaje por el Camino de Santiago. En compañía de su guía espiritual, el misterioso y enigmático Petrus, Paulo se enfrenta a una serie de pruebas y ejercicios, conoce a figuras que ponen en apuros su determinación y su fe, sortea peligros insidiosos y tentaciones amenazadoras, para encontrar la espada que le permitirá convertirse en un Maestro RAM. El Camino, que Paulo Coelho recorrió en 1986, consigue inspirar una novela de aventuras, que es, al mismo tiempo, una fascinante parábola sobre la necesidad de encontrar nuestro camino en la vida.

Entonces le dijeron: «Señor tenéis aquí dos espadas».

Y Él respondió: «Basta».

LUCAS, 22, 38

CUANDO comenzamos la peregrinación, me pareció que había realizado uno de los mayores sueños de mi juventud. Usted era para mí el brujo Don Juan y yo revivía la saga de Castaneda en busca de lo extraordinario.

Pero resistió valientemente todos mis intentos de transformarlo en héroe. Esto dificultó mucho nuestro trato, hasta que entendí que lo extraordinario reside en el Camino de las Personas Comunes. Hoy en día, comprender esto es lo más valioso que poseo en mi vida, me permite hacer cualquier cosa y me acompañará por siempre.

Por ese conocimiento —que ahora deseo compartir con otros— este libro va dedicado a usted, Petrus.

EL AUTOR

Prefacio

SENTADO en un jardín de una ciudad del sur de Francia.

A mi lado, una carta de mi editora pidiéndome un prólogo para la nueva edición de *El peregrino de Compostela*.

Agua mineral.

Café.

Una temperatura de 27° C la tarde del 1 de junio de 2001.

Personas que conversan, personas que caminan.

Personas que también toman café y agua mineral.

Entonces retrocedo quince años en el tiempo, una tarde, un café, un agua mineral, personas que conversan y caminan, pero esta vez el escenario son las planicies de León, el idioma es el español, mi cumpleaños se acerca, salí hace tiempo de Saint-Jean-Pied-de-Port y estoy más allá de la mitad del camino que conduce a Santiago de Compostela. Miro hacia adelante, el paisaje monótono, el guía también toma un café en un bar que parece haber surgido de la nada. Miro hacia atrás, el mismo paisaje monótono, con la única diferencia de que el polvo del camino tiene las huellas de las suelas de mis zapatos, pero es temporal, el viento las borrará antes de que llegue la noche. Todo me parece irreal. ¿Qué estoy haciendo aquí? Esta pregunta continúa acompañándome a pesar de que han pasado varias semanas.

Estoy buscando una espada. Estoy cumpliendo un ritual de RAM, una pequeña orden dentro de la Iglesia católica sin secretos ni misterios, tan sólo el deseo de comprender el lenguaje simbólico del mundo. Estoy pensando que fui engañado, que la búsqueda espiritual no deja de ser algo sin sentido o lógica y que sería mejor estar en Brasil ocupándome de lo que yo siempre me ocupaba. Estoy dudando de mi sinceridad en la búsqueda espiritual, porque cuesta mucho encontrar a un Dios que nunca se muestra, rezar en horas fijas, recorrer caminos extraños, tener disciplina, aceptar órdenes que me parecen absurdas.

Es eso: dudo de mi sinceridad. Todos estos días, Petrus ha dicho que el camino es de todos, de las personas corrientes, lo que me deja muy decepcionado. Yo pensaba que todo este esfuerzo me proporcionaría un lugar destacado entre los pocos elegidos que se aproximan a los grandes arquetipos del universo. Yo pensaba que finalmente iba a descubrir que son verdad todas esas historias sobre gobiernos secretos de sabios en el Tibet, sobre pociones mágicas capaces de provocar amor donde no existe atracción, sobre rituales donde de repente aparecen las puertas del Paraíso.

Pero lo que Petrus me dice es exactamente lo contrario: no existen elegidos. Todos son escogidos si en vez de preguntarse «qué estoy haciendo aquí» deciden hacer algo que despierte el entusiasmo en el corazón. Es en el trabajo con entusiasmo donde está la puerta del Paraíso, el amor que transforma, la elección que nos lleva hasta Dios. Es ese entusiasmo el que nos conecta con el Espíritu Santo y no los cientos, miles de lecturas de los textos clásicos. Es la voluntad de creer que la vida es un milagro lo que permite que los milagros ocurran y no los llamados «rituales secretos» u «órdenes inicáticas». En fin, es la decisión del hombre de cumplir su destino lo que lo hace ser realmente un hombre y no las teorías que él desarrolla sobre el misterio de la existencia.

Y aquí estoy yo. Más allá de la mitad del camino que me lleva a Santiago de Compostela.

Esta tarde en León, en el lejano año de 1986, aún no sé que dentro de seis o siete meses escribiré un libro sobre esta experiencia, que ya camina por mi alma el pastor Santiago en busca de un tesoro, que una mujer llamada Veronika se prepara para ingerir unas pastillas e intentar suicidarse, que Pilar llegará delante del río Piedra y escribirá, llorando, su diario. Todo lo que sé en este momento es que estoy tenso, nervioso, incapaz de hablar con Petrus, porque acabo de darme cuenta de que no puedo volver a hacer lo que hacía, aunque eso signifique perder un dinero considerable a final de mes, una cierta estabilidad emocional, un trabajo que ya conozco y domino. Necesito cambiar, ir en busca de mi sueño, un sueño que me parece infantil, ridículo, imposible de realizar: convertirme en el escritor que secretamente siempre deseé ser, pero que no tengo el valor de asumir.

Petrus termina su café, su agua mineral, pide que pague la consumición y que continuemos andando, ya que todavía quedan algunos kilómetros hasta la próxima ciudad. La gente continúa pasando y hablando, mirando de reojo a los dos peregrinos de mediana edad, pensando que hay mucha gente rara en este mundo siempre dispuesta a intentar revivir un pasado que ya está muerto.^[1] La temperatura debe de ser de unos 27° C porque es el final de la tarde, y me pregunto silenciosamente por milésima vez qué estoy haciendo allí.

¿Yo quería cambiar? Creo que no, pero este camino me está transformando. ¿Quería conocer los misterios? Creo que sí, pero el camino me está enseñando que no existen misterios, que, como decía Jesucristo, no hay nada oculto que no haya sido revelado. En fin, todo está ocurriendo exactamente al contrario de lo que yo esperaba.

Nos levantamos y empezamos a andar en silencio. Estoy inmerso en mis pensamientos, en mi inseguridad, y Petrus

debe de estar pensando, imagino yo, en su trabajo en Milán. Está aquí porque de alguna manera fue obligado por la tradición, pero posiblemente espera que esta caminata termine pronto para volver a hacer lo que le gusta.

Andamos el resto de la tarde sin hablar. Todavía no existen teléfonos móviles, faxes, correo electrónico. Estamos aislados en nuestra convivencia forzada. Santiago de Compostela está delante y no puedo imaginar que este camino me conduzca no sólo a esta ciudad sino a muchas otras ciudades del mundo. Ni Petrus ni yo sabemos que esta tarde, en la planicie de León, estoy caminado también hacia Milán, su ciudad, donde llegaré casi diez años más tarde con un libro titulado *El Alquimista*. Estoy caminando hacia mi destino, tantas veces soñado y otras tantas veces negado. Estoy caminando hacia el jardín donde esta tarde de junio de 2001 existe un café, un agua mineral, un sol agradable y una carta de mi editora pidiéndome un prefacio para la edición española de *El peregrino de Compostela*.

Estoy caminando para ver publicada la historia de mi renacimiento.

PAULO COELHO

Jardín Massey, Tarbes, Francia, 1 de junio de 2001

Prólogo

—¡Y que, ante la Sagrada Faz de RAM, toques con tus manos la Palabra de Vida y recibas tanta fuerza, que te conviertas en su testigo hasta los confines de la Tierra!

El Maestre levantó en alto mi nueva espada, manteniéndola dentro de la vaina. Las llamas de la hoguera crepitaron, un presagio favorable, indicando que el ritual debía continuar. Entonces me incliné y, con las manos desnudas, comencé a escarbar la tierra delante de mí.

Era la noche del día 2 de enero de 1986 y nos encontrábamos en lo alto de una de las montañas de la Serra do Mar, cerca de la formación conocida como Agulhas Negras. Además de mi Maestre y yo, estaban mi mujer, un discípulo mío, un guía local y un representante de la gran fraternidad que congregaba las órdenes esotéricas de todo el mundo, y que era conocida con el nombre de Tradición. Los cinco—incluyendo al guía, a quien ya se le había advertido lo que sucedería— participaban de mi ordenación como Maestre de la Orden de RAM.

Terminé de escarbar en el suelo un hueco poco profundo, pero largo. Con toda solemnidad toqué la tierra pronunciando las palabras rituales. Entonces, mi mujer se acercó y me entregó la espada que yo había utilizado durante más de diez años y que tanto me había ayudado en centenares de Obras Extraordinarias en aquel tiempo. Deposité la espada en el hueco. Luego, le eché la tierra encima y aplané de nuevo el terreno. Mientras lo hacía, recordaba las pruebas por las que había pasado, las cosas que había co-

nocido y los fenómenos que era capaz de provocar, simplemente porque tenía conmigo aquella espada tan antigua y tan amiga mía. Ahora sería devorada por la tierra: el hierro de su hoja y la madera de su empuñadura servirían nuevamente de alimento al lugar de donde había extraído tanto Poder.

El Maestre se aproximó y colocó mi nueva espada ante mí, sobre el sitio en que había enterrado la antigua. Entonces todos abrieron los brazos y el Maestre, utilizando su poder, hizo que en torno nuestro se formara una luz extraña, que no iluminaba, pero que era visible y reflejaba en los cuerpos de las personas un color diferente del amarillo proyectado por la hoguera. Entonces, desenvainando su propia espada, tocó mis hombros y mi cabeza mientras decía:

—Por el Poder y por el Amor de RAM, yo te nombro Maestre y Caballero de la Orden, hoy y por el resto de los días de tu vida. R de Rigor, A de Amor, M de Misericordia; R de *Regnum*, A de *Agnus*, M de *Mundi*.

Cuando toques tu espada, que jamás permanezca durante mucho tiempo en la vaina porque se oxidará; pero, cuando salga de la vaina, que jamás vuelva a ella sin antes haber hecho un Bien, abierto un Camino o bebido la sangre de un Enemigo.

Y con la punta de su espada hirió levemente mi cabeza. A partir de ese momento ya no era necesario permanecer en silencio; no necesitaba esconder aquello de lo que era capaz ni ocultar los prodigios que había aprendido a realizar en el camino de la Tradición. A partir de ese momento yo era un Mago.

Extendí la mano para tomar mi nueva espada, de acero indestructible y de madera que la tierra no consume, con su empuñadura negra y roja y su vaina negra. Empero, en el momento en que mis manos tocaron la vaina y que me disponía a traerla hacia mí, el Maestre dio un paso al frente y con absoluta violencia pisó mis dedos, haciéndome gritar de dolor y soltar la espada.

Lo miré sin entender nada. La luz extraña había desaparecido y el rostro del Maestro esta vez tenía la apariencia fantasmagórica que las llamas de la hoguera le daban.

Me miró fríamente, llamó a mi mujer y le entregó la nueva espada. Después se volvió hacia mí y dijo:

—¡Aleja la mano que te engaña! ¡Porque el camino de la Tradición no es el de unos pocos elegidos, sino el camino de todos los hombres, y el Poder que crees tener no vale nada, porque no es un Poder que se comparta con el resto de los hombres! Deberías haber rechazado la espada; si así lo hubieras hecho te habría sido entregada, porque tu corazón estaba puro. Pero, como lo temía, en el momento sublime resbalaste y caíste, y, por culpa de tu avidez, deberás caminar nuevamente en busca de tu espada; y por culpa de tu soberbia deberás buscarla entre los hombres comunes; y por culpa de tu fascinación por los prodigios tendrás que luchar mucho para conseguir de nuevo aquello que tan generosamente te habría sido entregado.

Fue como si el mundo hubiese desaparecido bajo mis pies. Continué arrodillado, atónito, sin querer pensar en nada. Una vez devuelta mi antigua espada a la tierra no podía tomarla de nuevo, y una vez que la nueva no me había sido entregada, estaba de nuevo como quien comienza en ese instante: sin poder e indefenso. El día de mi suprema Ordenación Celeste, la violencia de mi Maestro, al pisar mis dedos, me devolvía al mundo del Odio y de la Tierra.

El guía apagó la hoguera y mi mujer vino hacia mí y me ayudó a levantarme. Traía en las manos mi nueva espada, pero, según las reglas de la Tradición, yo jamás podría tocarla sin permiso de mi Maestro. Bajamos en silencio entre los matorrales, siguiendo la linterna del guía, hasta llegar al pequeño camino de tierra donde estaban estacionados los coches.

Nadie se despidió de mí. Mi mujer colocó la espada en la cajuela del auto y encendió el motor. Permanecimos lar-

go rato en silencio, mientras ella conducía despacio, esquivando los baches y zanjas del camino.

—No te preocupes —dijo, intentando animarme un poco—. Estoy segura de que la conseguirás de nuevo.

Le pregunté qué le había dicho el Maestro.

—Me dijo tres cosas. Primero, que él debería haber traído un abrigo, porque allá arriba hacía más frío del que pensaba. Segundo, que nada de aquello había sido una sorpresa para él y que ya había sucedido muchas otras veces, con muchas otras personas que llegaron hasta donde llegaste. Y tercero, que tu espada te estaría esperando a una cierta hora, en una cierta fecha, en algún punto de un camino que deberás recorrer. No sé ni la fecha ni la hora. Sólo me dijo dónde debo esconderla para que la encuentres.

—Y ¿cuál es ese camino? —pregunté nervioso.

—¡Ah! Eso no me lo explicó muy bien. Sólo dijo que buscaras en el mapa de España una antigua ruta medieval, conocida como el Extraño Camino de Santiago.

La Llegada

EL inspector de la aduana miró detenidamente la espada que mi mujer traía y preguntó qué pretendíamos hacer con eso. Dije que un amigo nuestro iba a valuarla para que la subastáramos. La mentira dio resultado; el inspector nos entregó una declaración de que habíamos entrado con la espada por el aeropuerto de Barajas, y advirtió que si teníamos problemas para sacarla del país, bastaba con mostrar ese documento en la aduana.

Nos dirigimos hacia la alquiladora de autos y confirmamos las dos reservaciones. Tomamos los boletos y fuimos juntos a comer algo en el restaurante del aeropuerto, antes de despedimos.

Había pasado una noche de insomnio en el avión, por una mezcla de miedo a volar y la incertidumbre de lo que pasaría de ahora en adelante, pero aun así estaba emocionado y despierto.

—No te preocupes —dijo ella por enésima vez—. Debes ir a Francia, y en Saint-Jean-Pied-de-Port buscas a madame Lawrence. Ella te pondrá en contacto con alguien que te guiará por el Camino de Santiago.

—¿Y tú? —pregunté también por enésima vez, aunque ya sabía la respuesta.

—Voy adonde tengo que ir, a dejar lo que me fue confiado. Después me quedo en Madrid unos días y regreso a Brasil. Soy capaz de ocuparme de nuestros asuntos tan bien como tú.

—Lo sé —respondí, queriendo evitar hablar más del asunto.

Era enorme mi preocupación por los negocios dejados en Brasil. Aprendí lo necesario sobre el Camino de Santiago en los quince días posteriores al incidente en Agulhas Negras, pero me había llevado casi siete meses decidir dejarlo todo y hacer el viaje. Hasta que cierta mañana mi mujer me dijo que la hora y la fecha se acercaban, y que si no tomaba una decisión tendría que olvidar para siempre el camino de la Magia y la Orden de RAM. Intenté explicarle que el Maestro me había asignado una tarea imposible; no podía simplemente sacudirme de los hombros la responsabilidad de mi trabajo diario. Se rió y dijo que estaba dando una disculpa tonta, pues en aquellos siete meses poco había hecho, además de pasar noches y días preguntándome si debía o no viajar; y, con el gesto más natural del mundo, me extendió los dos boletos con la fecha de vuelo ya indicada.

—Estamos aquí porque tú lo decidiste —dije en el bar del aeropuerto—. No sé si sea correcto dejar la decisión de buscar mi espada a otra persona.

Mi mujer dijo que si íbamos a hablar tonterías, era mejor ir a nuestros respectivos autos y despedirnos de una vez.

—Jamás dejarías que otra persona tomara ninguna decisión sobre tu vida. Tenemos que apurarnos, se está haciendo tarde.

Se levantó, tomó su equipaje y se dirigió al establecimiento. Yo no me moví; permanecí sentado, mirando la manera displicente como cargaba mi espada, que amenazaba con resbalar de debajo de su brazo en cualquier momento.

Se detuvo a medio camino, regresó hasta la mesa donde yo estaba, me estampó un sonoro beso en la boca y me miró sin decir nada durante mucho tiempo.

De repente me di cuenta de que estaba en España y de que ya no podía dar marcha atrás. Aun con la horrible certeza de que tenía muchas probabilidades de fracasar, ya había dado el primer paso. Entonces la abracé con mucho amor, con todo el amor que sentía en ese momento, y mientras la tenía en mis brazos recé por todo y por todos los que creía, les imploré que me dieran fuerzas para volver con ella y con la espada.

—Bonita espada, ¿viste? —comentó una voz femenina en la mesa de al lado, luego de que mi mujer partiera.

—No te preocupes —respondió una voz de hombre—. Te voy a comprar una exactamente igual. Aquí en España, las tiendas para turistas tienen miles como ésas.

Después de conducir durante una hora, el cansancio acumulado por la noche anterior comenzó a hacerse sentir. Además, el calor de agosto era tan fuerte que, aun cuando anduviera por una carretera sin tráfico, el coche comenzaba a mostrar problemas de sobrecalentamiento. Resolví parar un poco en un pueblo que los carteles de la carretera anunciaban como monumento nacional. Cuando subía la escarpada ladera que me conduciría hasta él, comencé a recordar una vez más todo lo aprendido sobre el Camino de Santiago.

Así como la tradición musulmana exige que todo fiel haga, por lo menos una vez en la vida, la peregrinación que Mahoma hizo de La Meca a Medina, durante el primer milenio del cristianismo se conocieron tres rutas consideradas sagradas y que redituaban una serie de bendiciones e indulgencias a quien recorriese cualquiera de ellas. La primera ruta llevaba a la tumba de San Pedro, en Roma; sus caminantes tenían como símbolo una cruz y se les llamaba *romeros*. La segunda ruta llevaba hasta el Santo Sepulcro de